

Europa en España para México*

Soledad Loaeza

DESDE HACE SIGLOS EUROPA HA SIDO UN REFERENTE constante para los mexicanos. De ella hemos recibido gente, y aunque no siempre lo reconozcamos, también hemos tomado creencias, costumbres y gustos. Hemos adoptado lo que nos ha gustado de su ética y de su estética. De los europeos hemos importado ideas, también instituciones y conocimientos. Sus experiencias, desde la revolución francesa hasta la transición española, han estado presentes, a veces sin exactitud ni precisión, en las mentes de muchos que encontraban en ellas palabras para nombrar la propia realidad. Por encima del nacionalismo, que también nos llegó de Europa, su patrimonio nos ha ayudado a hacer inteligible nuestro mundo.

También volvemos los ojos hacia allá para escapar a la fatalidad de acá, de la geografía y a la asfixia del hemisferio. De forma voluntaria o intuitiva buscamos un contrapeso a Estados Unidos, y un modelo distinto para formar identidades políticas y culturales alternativas. No obstante todo esto, Europa es una tierra ignota para muchos mexicanos. Las referencias de las que hablo no siempre son explícitas y tampoco se reconocen como inequívocamente europeas. De manera inevitable, el estudio sistemático de su cultura y de su historia en las escuelas de educación media, en las universidades y en los centros de investigación ha estado sujeto a los ritmos del presente inmediato y a las prioridades de cambio que también se han modificado en el tiempo. En México, probablemente al igual que en

* Palabras pronunciadas en el Instituto Universitario Ortega y Gasset con motivo de la entrega del Premio Príncipe de Asturias a El Colegio de México.

muchos otros países pobres, después de 1945 el conocimiento de Europa o de lo «europeo» quedó subordinado a la hegemonía norteamericana y a la búsqueda utilitaria de soluciones a los problemas del desarrollo. Entonces parecía que era muy poco lo que aquélla podía ofrecer aparte de referencias negativas. Este movimiento no completamente antieuropeo buscaba soslayar lo que entonces era visto como un fracaso, y estuvo también inspirado por el renacimiento de la leyenda del «Nuevo Mundo», que veía en América, como ocurrió muchas veces antes, una tierra de oportunidades, si no de aventuras, pero siempre propicia para «empezar de nuevo», en la que podían ensayarse soluciones en apariencia originales.

El afianzamiento de la influencia de Estados Unidos en México condujo a dos tipos de reacciones: por una parte, el estudio y la experiencia de ese país se impuso como una necesidad o como una condición ineludible; por la otra, y por efecto del eclipse de Europa en América Latina durante la postguerra, fuimos a buscar las semejanzas inmediatas, el intento nos llevó al ensimismamiento o cuando mucho a lo que en su momento se llamó el mundo subdesarrollado, al Tercer Mundo y la curiosidad por el mundo socialista. Hasta los años setenta para introducir a los estudiantes universitarios a Europa occidental, a excepción de los historiadores, era preciso justificarse y explicar por qué era importante para los mexicanos saber qué había ocurrido en Francia, en Italia, en Alemania. Ahora ya no ocurre así. A diferencia del pasado, hoy muchos son los jóvenes que exigen cursos de «Estudios europeos» y no son pocos los profesionistas que reconocen este desconocimiento como una deficiencia y buscan remediarla.

Innegables esfuerzos se han hecho al respecto. Entre ellos cabe hacer notar la introducción de estudios regionales, o de área, en los programas de licenciatura de relaciones internacionales en los que El Colegio de México fue pionero, no es de extrañar que así fuera. Finalmente el Colegio es una institución de origen europeo y esta marca de nacimiento de ha mantenido fresca en sus empeños por seguir de cerca la evolución de las Ciencias Sociales en Europa, para ofrecer una alternativa académica e intelectual a la omnipresente influencia de la academia norteamericana. Por su propia naturaleza la investigación histórica mantuvo con mayor continuidad la conexión europea, en particular, la ineludible referencia española, y no hay más que revisar el catálogo de publicaciones del Centro de Estudios Históricos. Pero más allá de El Colegio de México, en los últimos veinte años ha venido creciendo el número de diplomados relativos a temas europeos del siglo xx de diferente índole en diversas instituciones privadas. Sin embargo, destacan aquellos que se relacionan con el éxito del proceso de integración, con énfasis en lo comercial. Este interés ha encontrado eco en Europa. Desde 1992 se han fundado, con el apoyo de la Unión Europea entre otros, diferentes programas de estudios europeos en El Colegio de México y en otras instituciones privadas; asimismo, habría que mencionar el sostenido apoyo de la Fundación Ortega y Gasset, del Instituto y de José Varela y Pedro Pérez Herrero, a nutrir la presencia europea y española en México, esfuerzos cuyos antecedentes

están en los Encuentros Hispano-Mexicanos de científicos sociales que se iniciaron inmediatamente después de restablecerse las relaciones entre México y España, en 1977.

No obstante, la ignorancia persiste en relación con lo específicamente europeo. En más de un sentido la Europa de hoy es para muchos de nosotros una tierra ignota, de la que adivinamos más de lo que sabemos. Algunos queremos escapar a esta ignorancia y rescatar lo específicamente europeo del bulo indiferenciado como se percibe a «los países industriales». Sobre la riqueza y diversidad de este conjunto pesan los prejuicios —positivos y negativos— en torno a la tan llevada y traída globalización; que ha conducido a muchos a creer que la experiencia anglosajona es la experiencia internacional. La sobresimplificación y la distorsión que se deriva de la equivalencia entre las políticas y los acontecimientos en Estados Unidos y Gran Bretaña y el resto de los países occidentales, empobrece el catálogo de modelos y soluciones accesibles. También imprime carácter de urgente a la necesidad de conocer mejor a los europeos.

HAY MOMENTOS Y HAY VAIVENES

La fuerza de atracción de Europa para América Latina ha variado al ritmo del éxito de su experiencia. El interés por lo específicamente europeo en América Latina y en México ha aumentado de manera notable desde mediados de los años setenta del siglo xx. Lo que ahora conocemos como «Estudios europeos» haya cobrado fuerza e importancia sobre todo en el último tercio del siglo xx, cuando la prosperidad europea asociada con el proceso integracionista despertó de nuevo la imaginación, ampliando el abanico de respuestas a problemas irresueltos o nuevos, pero casi igualmente intratables.

El interés por el estudio de la experiencia específicamente europea ha estado sometido al alcance cambiante de su influencia y al propósito y capacidad de los mismos europeos para hacerse presentes en América Latina. De manera inevitable, después de 1945 y al igual que en el mundo de las relaciones internacionales y de la diplomacia, la curiosidad por los asuntos europeos estuvo triangulada por las relaciones con otras regiones del mundo, con Estados Unidos, con el mundo socialista, con otros países latinoamericanos o con lo que en los años sesenta se llamaba «el mundo en desarrollo» y en los setenta el «tercer mundo». Así, en el pasado el estudio de Europa dominaba el conocimiento de lo que se llamaba *Historia Universal*; ahora, en cambio, se han multiplicado los programas de *Estudios Europeos* cuyo objetivo es más preciso, pues se localiza en el proceso integracionista, en las instituciones de la Unión Europea, en las posibilidades comerciales que ofrece para México.

En la actualidad parece obvio que este resurgimiento es una comprensible reacción al éxito del proceso integracionista que ha conducido a la Unión Europea, que es un modelo de recuperación y de prosperidad, con base en la agregación inteligente y organizada de recursos económicos y políticos, dentro de un esquema liberal. Sin embargo, el referente europeo de finales de siglo cobró forma en primer lugar a raíz del logro político que significó la

transición democrática en la Europa mediterránea. Los procesos incruentos y pactados en Portugal, Grecia y España pusieron fin a la tradición revolucionaria que se inauguró en Francia en 1789, demostraron que se podía pasar de la dictadura a la democracia sin hecatombes, manteniendo abiertamente ciertas continuidades, reduciendo de forma dramática el costo social de cambios que pese a todo tuvieron un carácter revolucionario. La noción de que la única vía segura de cambios profundos era la ruptura violenta se mantuvo vigente en América Latina por lo menos hasta la revolución sandinista, en más de un caso a un precio elevadísimo, sobre todo para la izquierda latinoamericana.

En este respecto la experiencia española de transición pacífica del autoritarismo a la democracia fue central. La transición española se ha convertido en un modelo, ha proporcionado el material para la construcción de un tipo ideal de corte weberiano, que fue una referencia poderosa para los países del antiguo bloque soviético y lo es hoy en día, y con más naturalidad, en América Latina. A este respecto cabe destacar el significado de que en México la experiencia española de la transición se haya convertido en una suerte de *mot de passe* entre los democratizadores locales.

Esta reacción no es excepcional. El proceso mediante el cual los españoles pasaron de la dictadura a la democracia es un referente también en otros países de América Latina, así como en Europa central. No obstante, dada la complejidad de la relación hispano-mexicana, en la que abundaban los sentimientos encontrados, las pretendidas contradicciones y las simpatías clandestinas, es revelador de los cambios profundos de la sociedad mexicana el hecho de que en su mundo político, en los años noventa, los años del reformismo, las referencias políticas españolas se hayan convertido en moneda de cambio corriente. Durante el franquismo hubiera sido impensable que México aceptara lecciones políticas de ningún país extranjero, menos todavía de España, de su presente o de su pasado. La arrogancia política mexicana se fincaba en una pretendida autosuficiencia ideológica, se nutría del orgullo en una guerra de independencia con características populares muy particulares y se alimentaba con una historia de la experiencia revolucionaria del siglo xx, que nos hizo de nuevo creer en la autarquía política y en la necesidad —y posibilidad— de hacer a un lado el pasado para mirar al futuro. Peor todavía, la historia misma de España en el siglo xx le restó pertinencia a ojos de muchos en México, a pesar de que por lo menos hasta los años setenta entre ambos países hubieran más semejanzas y cercanías de lo que los mexicanos estaban dispuestos a reconocer.

Sin embargo, la ausencia de relaciones diplomáticas que separó a México y España entre 1939 y 1977 fue completamente irrelevante para que sus afinidades profundas siguieran un curso natural. No habría intercambios formales entre el gobierno de Franco y los gobiernos mexicanos; pero el flujo de mexicanos que viajaban a España no se detuvo; tampoco el de españoles que llegaba a México en busca de trabajo, o como parte de las relaciones estrechas e intensas que mantenían poderosas órdenes religiosas, instituciones educativas, organizaciones comerciales, editoriales, empresas cinematográficas y discográficas.

Pocos países en América Latina se parecían más a la España franquista que el México del apogeo del PRI. Hasta los años sesenta la pobreza en ambas sociedades era también un rasgo que compartían; pero esta similitud se desvaneció con el despegue español, con la creciente europeización, que corrió paralelo a la fatal americanización de la vida en México y al inicio de los repetidos tropiezos que pusieron fin al «milagro mexicano». Hoy muchos aquí se preguntan por qué si en 1964 los indicadores económicos y sociales en México y en España eran comparables, ahora la distancia parece insalvable.

La transición española fue crucial en la recuperación abierta de las afinidades hispano-mexicanas. Entre la Ley de Asociaciones Políticas española de 1975 y la gran reforma electoral de 1977 que abrió la puerta al pluralismo político mexicano y al gradual desmantelamiento de la hegemonía del PRI, hay mucho en común. El ejercicio de comparación entre ambos ordenamientos está por hacerse. Por el momento tenemos el recuento de las experiencias de intercambio en los años setenta entre los jóvenes opositores al franquismo, por ejemplo, Felipe González y Raúl Morodo, y los reformistas del PRI entonces encabezados por Jesús Reyes Heróles. En los ochenta en México proliferaron las reuniones, los seminarios, las conferencias, los debates en torno a la transición española. Artículos periodísticos, ensayos, libros proliferaron; el referente, no siempre explícito, estaba de forma invariable presente. España desplazó, con éxito, a Francia, que en el pasado había desempeñado un papel importante como líder de ideas políticas y de sugerencias para el cambio.

Ahora en México, la influencia de la transición es la punta de una madeja que tendremos que empezar a desenrollar para mirar de frente a nuestro pasado. La referencia española sirve hoy también para hacer un repertorio de tareas pendientes y de soluciones posibles. Si el ingreso de España a la Unión Europea no trajo el corte de sus amarres con México, la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte no puede traducirse en la rendición a la fatalidad de la geografía.